



DIRECTORA HONORARIA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 60

Salamanca, Junio de 1919

Año VI

Entronización espiritual del Sagrado Corazón

Dominum autem Christum sanctificate in cordibus vestris (1.^a Petri, 3, 15).

LA solemnísima Entronización del Sagrado Corazón de Jesús, que tan felizmente, con tanta alegría de los buenos como rabia y confusión de los impíos, acaba de realizarse en el mismo centro de España, parece como que le ha hecho hallar, en medio de las convulsiones y odios que destrozan el mundo, un lugar de paz y reposo que se reservó como heredad suya, de suerte que pueda decir: *En todas estas gentes busqué donde descansar; mas en la herencia del Señor moraré (Eccli. 24, 11).*

Y en efecto, vamos viendo ya como que viene a morar y reinar de nuevo en esta heredad suya; pues con motivo de este acontecimiento grandioso y memorable, de esta consagración y protesta de fe tan varonilmente hecha por el Monarca y por todo el Gobierno español a la faz del orbe entero, va siendo entronizado también con entusiasmo en el seno de gran multitud de familias que quizá antes se avergonzaban de darle en sus ca-



sas al Rey de reyes, Jesús, un puesto visible de honor. Mas esas entronizaciones materiales, bien se hagan en las viviendas particulares, bien en los edificios públicos o en monumentos como el del Cerro de los Angeles, por recomendables que sean, vendrán muy a menudo a reducirse casi a puras ceremonias y de muy poco servirían, si con gran cuidado no se procura que a la vez sean un perenne y real testimonio de amor y reverencia, y un medio poderoso de facilitarle a Nuestro Señor cada vez más la entrada en nuestros corazones, que es donde Él tanto desea morar y reinar, y descansar como en su habitación predilecta, gloriosa, pacífica y santa. Así mientras desdeña tantas veces los templos materiales (*Act.*, 17, 24), declara que *tiene sus delicias en morar con los hijos de los hombres* (*Prov.* 8, 31); y por eso tan encarecidamente les pide el corazón diciéndoles: *Praebe, fili mi, cor tuum mihi...* (*ib.* 23, 26), y permanece allí a la puerta llamando una y mil veces para que le abran, ofreciendo a cuantos le den ese gusto, celebrar con ellos aquella misteriosa *cena* que es presagio de la bienaventuranza (*Apoc.* 3, 20), *la cena que recrea y enamora*, según canta nuestro gran poeta místico, en aquella *soledad sonora*, que es el *lugar de la habitación de su gloria*.

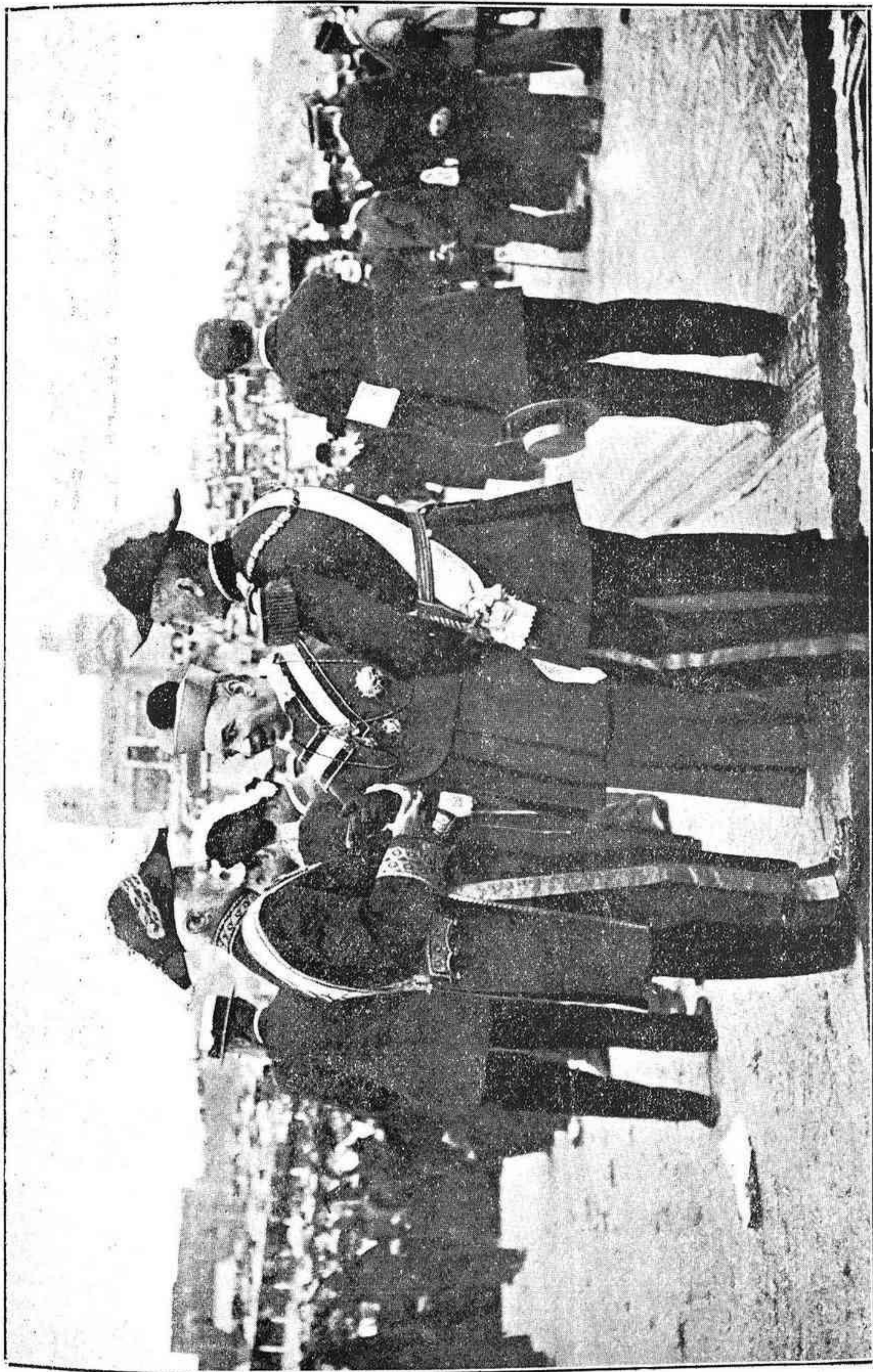
Para esto han de servirnos, pues, los monumentos materiales que le dedicamos, para que estén siempre recordándonos los llamamientos ya oídos, y haciéndonos atender a los que incesantemente sigue haciéndonos con gran suavidad, pero con un amor tal, que llega hasta decir a nuestras pobres almas (*Cant.* 5, 2): *Abreme hermana mía, amiga mía, paloma mía, que mi cabeza está llena de rocío...*

Esa voz delicada con que habla *palabras de paz a los suyos*, no pueden sentirla bien sino aquellos que *se convierten al corazón* (*Ps.* 84, 9), o que viven tan recogidos y atentos, que aun durmiendo, tiénelo siempre en vela para atender a *la voz de su Amado que llama* (*Cant.* 5, 2), y que se dignó decirnos ya por Oseas (2, 14): *Llevaré al alma a la soledad, y le hablaré al corazón*.

~ ~ ~

Estos llamamientos tan delicados y tiernos hácelos de un modo singular cada vez que viene a nosotros en la Sagrada Eucaristía, donde nos muestra el vivísimo deseo que siempre tiene de ser recibido en corazones puros, limpios de toda mancha, adornados con singulares virtudes y encendidos con el ardor de la caridad, que le hagan olvidar las frialdades, desdenes y repulsas de los tibios y mundanos, que tan olvidado le tienen, y las ofensas, insultos, blasfemias y abominaciones con que a todas horas le provocan los pecadores e impíos.

Si así lo recibimos con ardiente deseo de complacerle y desagraviarle, y de que venga a tomar plena posesión de nosotros y reinar como dueño absoluto en nuestros corazones, de éstos



El Prelado de Madrid, Dr. Mele, conversando con los Sres. Maura y Marqués de Comillas, antes de la ceremonia. (Fot. Marín-Ortiz).

sabrá Él hacerse muy pronto un *lecho florido* (*Cánt. 1; 15*) donde encuentre sus delicias, y de ellas inunde a la misma alma, que allí podrá descansar a su vez con gran paz y sosiego, sin que nadie ose inquietarla; pues El mismo conjura nada menos que tres veces a las *hijas de Jerusalén*, o sea a las almas que no entienden aún de esos misterios del *amor hermoso*, que *no la despierten hasta que ella quiera*; y para más seguridad pone ese místico lecho bajo la guarda vigilante de los sesenta valientes de Israel (*Cant. 3, 5, 7*)... Tal sucede en aquellos venturosos *corazones limpios* que así logran *ver a Dios*, y gozar de las inefables efusiones de su amor infinito; porque realmente han procurado ser como un *jardín cerrado*, donde a todas horas pueda El venir a recrearse y descansar respirando un ambiente de virtudes muy de su agrado, sin que nadie pueda impedirselo, pues El sólo tiene la llave de tan ameno y deleitoso lugar; y el alma, lejos de poner obstáculos, está ya siempre clamando (*Cant. 5, 1*): *Venga mi Amado a su jardín, y coma el fruto de sus árboles.*

Mas cuando las almas así le permanecen siempre fieles y con generosidad saben corresponder a las divinas bondades, no se contenta el Señor con hacerlas su jardín delicioso o su *lecho florido*, sino que, al comunicárseles eucarísticamente, las va transformando en *mística litera*, o *tronó portátil*, en que puedan no ya *poseerle*, sino *llevarle* a todas partes como en triunfo para *comunicarle* a cuantos le desean y ayudarle, por decirlo así, a comunicarse y penetrar en muchos corazones que se le resisten.

Y tal debe ser el Cristiano perfecto: primero un *vaso de elección* que lleve a donde quiera que vaya el *buen olor de Cristo*, haciendo sentir a todos la fragancia de su Santísimo Nombre y ganándolos y atrayéndolos a su servicio y amor; y luego un verdadero *Cristóforo*, o sea *portador de Cristo* en persona, que en él vive y reina como en su santo y vivo templo consagrado por su mismo Espíritu. *¿Ignoráis acaso*, pregunta el Apóstol (*I Cor. 3, 16; 6, 19-20*), *que sois templos de Dios y que el Divino Espíritu habita en vosotros?... Ya no sois vuestros. Con gran precio habéis sido comprados. Glorificad, pues, y llevad a Dios santamente en vuestros corazones.*

Tal es la *Entronización espiritual* que ya hace años vienen practicando en secreto, con gran fervor y abundantísimo fruto, varias almas piadosas, sintiéndose a ello movidas casi a la vez, como de un instinto superior, y coincidiendo hasta en el modo de hacerla, como si al efecto estuvieran convenidas y se hubieran dado cita. Pero sólo desde el año 1916 empezó a darse a conocer en público esa hermosa práctica, tan antigua y tradicional en el fondo, propagándose con rapidez asombrosa, "como un divino incendio", primero gracias a una preciosa Hojita publicada en León, y luego con otras Hojas más completas publicadas por *La Verdad Religiosa*, revista de los PP. Dominicos de esta ciudad, donde ya en largas series de artículos se vienen

de ella haciendo entusiastas recomendaciones y serios estudios, con gran provecho de los fieles y consuelo de aquellas felices almas que ya venían practicando en el sagrario de sus corazones lo que allí ven, con grata sorpresa, anunciado y recomendado a todo buen cristiano.

Mas por mucho que se recomiende esta espiritual *entronización* y que se procure hacerla en debida forma, no está en nuestras manos ni en nuestras habilidades e industrias el poder fabricar al divino Salomón ese precioso "Trono espiritual," como se le fabrican los materiales para hacerle la entronización del hogar.—Esa mística *litera* en que ha de ser llevado en triunfo, a la vez que mora en ella como en su casa y reina como en solio glorioso, ha de fabricársela El mismo:—*Férculum fecit sibi Rex Salomon*—, que ninguno otro sería capaz; pues *si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los obreros (Ps. 126, 1)*: nuestro oficio habrá de reducirse a prepararle los caminos (*Luc. 1, 76; 3, 4*) y buscarle un lugar donde establezca El su tabernáculo, de modo que venga a ser digna habitación suya gloriosa (*Ps. 131, 5; 25, 8*).

El modo como ha de preparársele nuestro interior para que pueda ser el venturoso lugar donde ponga El su lecho y su trono, lo dió a conocer a un gran amigo suyo, el B.^o Enrique Susón, O. P., que con no figurar aún en el Cerro de los Angeles, no deja de ser *el primero* de quien consta que grabó en el pecho su Santísimo Nombre para tenerlo como *sello sobre el corazón*.—*"El alma que quiera poseerme interiormente y gozar tiernamente de Mí, le dijo (Eterna Sabiduría, c. 23), debe antes purificarse de sus imperfecciones, adornarse de virtudes, desprenderse de todo, cubrirse de las rosas encarnadas de un ardiente amor, de las hermosas violetas de la humildad y de las blancas azucenas de la pureza. Debe prepararme un lecho con la paz del corazón, pues la paz es el lugar donde Yo habito; y debe estrecharme entre sus brazos excluyendo cualquier otro amor, pues Yo no puedo tolerarlo. Debe cantarme el cántico de Sión, es decir, un cántico de ardiente amor y de profunda alabanza; pues quiero abrazarla y debe reposar sobre mi Corazón,*"

De este modo irá El haciéndola a su gusto, imprimiéndole sus propios sentimientos y virtudes y fabricando así poco a poco en ella el trono de su amor cada vez que allí viene en la Sagrada Eucaristía, como en otra litera misteriosa, diciéndole: *"Ven, escogida mía, en tí pondré mi trono..."*

Y lo pondrá fabricándose lo El todo, *"de maderas de Libano"*, es decir, preciosas, olorosas e incorruptibles y solidísimas, como lo son las virtudes infusas; y afianzándolo además con *"columnas de plata"*, que son los siete dones del Espíritu Santo, los cuales, como enseña Santo Tomás, dan la *perfección* y heroísmo a las virtudes, poniendo al alma en estado *pasivo*—o sea en estado *místico*—como poseída y movida en todo del mismo

Divino Espíritu, según lo están los fieles hijos de Dios (*Rom. 8, 14*). A esto añade un "*reclinatorio de oro*", que es la perfecta y bien ordenada y acrisolada caridad, donde El descansa y a donde le conduce la "*subida de púrpura*", que es el espíritu de sacrificio. Y luego llena todo lo "*interior*", de "*preciosidades*", para cautivar así con ellas muchísimos corazones, ganando el "*amor de las hijas de Jerusalén*".

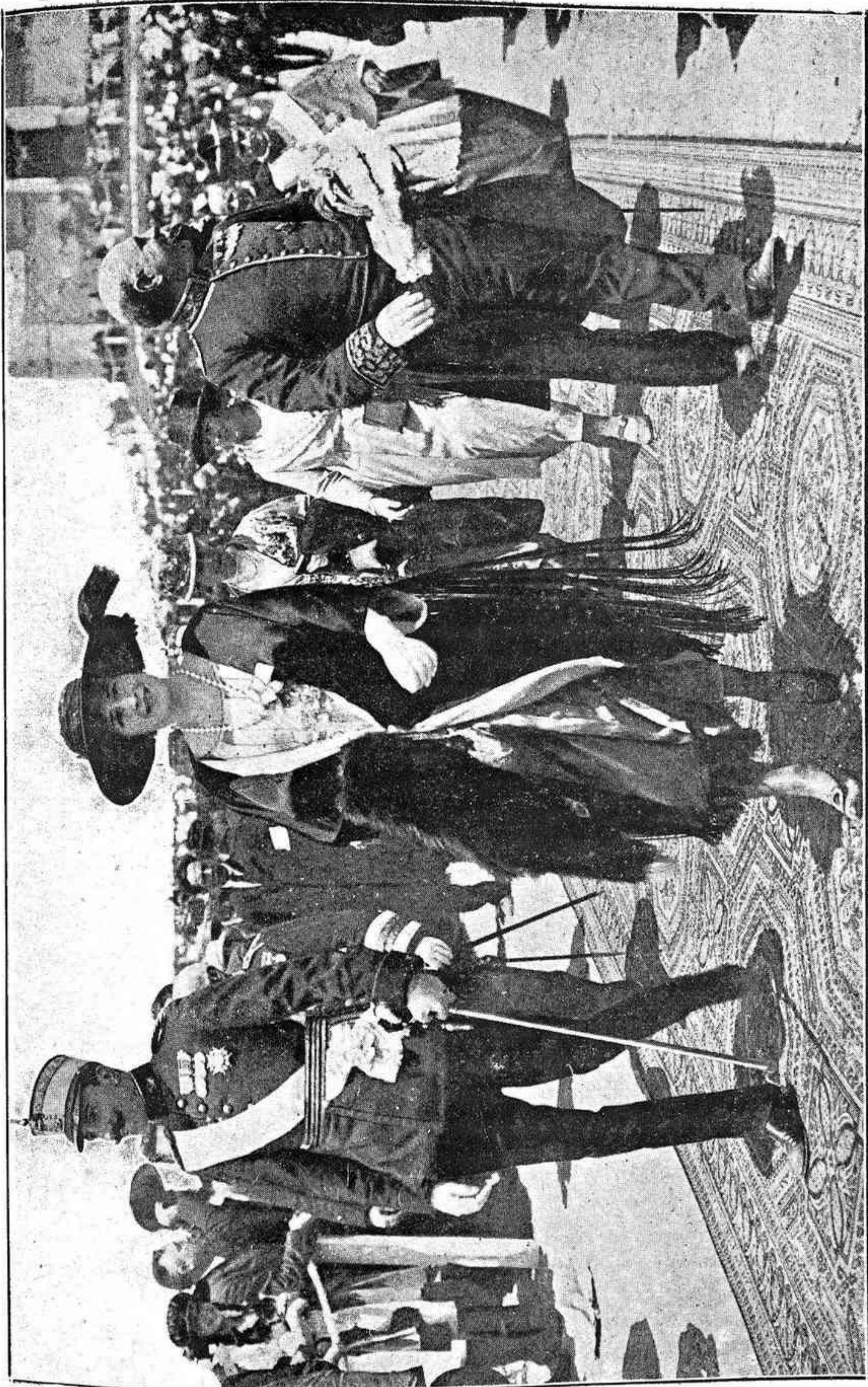
"¿Quién no se encenderá y abrasará en amor de este celestial Rey, pregunta el V. P. La Puente (*Perfec. en gener., tr. 4, c. 5, § 2*), viéndole tan encendido y abrasado en amor suyo?... ¡Oh hijas de Jerusalén, salid a ver al rey Salomón en la litera que fabricó para venir a visitaros, para andar entre vosotras, para honraros con su presencia, para enriqueceros con su gracia, y para llenaros de su encendida caridad!... Entended que viene con fin de ponerse como *sello sobre vuestros corazones y sobre vuestros brazos*, imprimiendo en vuestras almas la semejanza de sus gloriosas virtudes, para que seáis también literas suyas, dentro de las cuales El ande y camine de una parte a otra por el mundo. ¿Qué piensas eres, oh alma que comulgas dignamente, sino litera del verdadero rey Salomón donde está corporalmente mientras dura el Sacramento, y después se queda siempre contigo unido a tu espíritu con su gracia? La presencia de este Señor te hace como cedro del monte Líbano, blanco por lo inocencia, grande por la magnanimidad, e incorruptible por la fortaleza".

Entonces el alma así llena de Dios y convertida en místico trono suyo, podrá muy bien decir con la Esposa (*Cant. 3, 11*): *Salid y ved, hijas de Sión, al rey Salomón con la corona con que lo coronó su madre... en el día de la alegría de su Corazón.*

Su Madre, la Virgen Santísima, viene gozosa a coronarle cada vez que así le ve *entronizarse* en un alma abrasada en amor divino. Pero ésta misma es entonces *su gozo y su corona* (*Phil. 4, 1*), y por tanto la verdadera "*alegría de su Corazón*", amantísimo. Y así la celebra como vemos del modo más amoroso en todo el capítulo IV de los *Cantares*, donde no solamente la llama *toda hermosa y sin mancha*, sino que le añade (v. 9): *¡Heriste mi Corazón, hermana mía, Esposa, heriste mi Corazón con uno de tus ojos y con un rizo de tu cuello!...*

La menor mirada, la menor obra de esta alma llena de Dios le gana y roba el corazón: le hiere y llaga con uno solo de sus ojos, con el ojo derecho de su perfecta sencillez y rectitud de intención que a sólo Dios mira; y se le deja El prender de un solo cabello suyo o de un rizo de su cuello, porque hasta con la cosa más insignificante, como hecha con tanta pureza de amor, le cautiva y gana más que otros con obras muy grandes, pero hechas con menos amor y rectitud de intención.

Así la llama *hermana*, porque ya es, a imitación suya, verdadera y fiel hija de su Eterno Padre; y *Esposa*, porque ya vive



Sus Majestades Don Alfonso y Doña Victoria dirigiéndose al Monumento para la solemne Inauguración. (Fot. Marín-Ortiz).

en todo animada de su divino Espíritu, y ha venido a ser “un mismo espíritu con Él”.

¡Dichosa mil veces el alma que de este modo lleva a Dios en su seno, y así le complace y así le *hiere* con dardos de amor su Corazón adorable... que se hará reina de todos sus tesoros, y Él, según dice San Juan de la Cruz, la tratará nada menos que como a Reina y Señora!...

Estas maravillosas palabras del Esposo divino por cierto que exceden a todo encarecimiento. Ni la lengua latina ni la griega, observa Calmet, tienen términos equivalentes a la fuerza del original. San Jerónimo traduce: *Heriste mi corazón*. Los Setenta: *Robaste mi corazón*. Que es decirle: preso y encadenado estoy de tus amores, porque con una sola ojeada me robaste el corazón, y con la más pequeña trenza de las que adornan tu cuello me tienes como prendido, y ya no puedo apartarme de tí...

Así, prendado de su hermosura, le dirá quizá como dijo a Santa Rosa de Lima: *Rosa de mi Corazón, sé tú mi Esposa...* A otra alma se dignó declarar el grande amor que esta Santa tenía diciéndole: “Llevo a *mi Rosa* en lo más íntimo de mi *Corazón*, porque el suyo es todo mío y de él tengo posesión tranquila”.

Y no de muy distinta manera solía tratar dos siglos después a otra admirable dominica, Sor María Josefa Kumi (1763-1817), a la cual decía a veces (*Vie*, 1906, c. IX): “Tengo una esposa a gusto de mi Corazón; se me parece, y su vestido es del mismo color que el mío... Las flechas de su amor hieren mi corazón. El suyo está siempre abierto, para que Yo pueda venir cuando quiera a solazarme con su ternura y aliviarme de las injurias que recibo de los hombres. Su buena voluntad de tal modo me ha encantado, que la tengo hecha dueña de mis tesoros. Está enriquecida con el oro de mi puro amor...; se encuentra en la tierra y no toca en ella..., y cada día va elevándose más en la perfección del amor, según se abisma en su nada. La tengo impresa en mi Corazón, y yo lo estoy en el suyo”.

“Mas si la fiel esposa—conforme decimos en nuestro libro: *Exposición mística del Cantar de los Cantares* (p. 328),—así hiera a ese divino Corazón con dardos de amor, las infieles le hieren tantísimas veces con sus pecados, imperfecciones, frialdades e ingratitudes... Y esa llaga está patente, de modo que todos puedan verla, pues fué hecha en la Cruz a vista de todo el mundo, y la conserva en el mismo Cielo.—Allí en la Cruz—aunque abierta de ese modo—es fuente de salud y de vida, donde todos los que quieran puedan ir a refrigerarse (*Is. 12, 2-3*), y a curar y hermohear sus almas (*Zach. 13, 1*). En el Cielo es señal triunfante y testimonio glorioso del tierno amor con que nos amó tomando por nosotros un corazón pasible y capaz de ser de esta suerte herido por los nuestros... Así a todos podrá decirnos de un modo o de otro: *¡Has herido mi corazón, herma-*

na mía, esposa!... Procuremos, pues, que esa herida sea de puro amor y no de dolor...»

Y lo será, si lo *entronizamos espiritualmente* en una Comunión fervorosísima, y luego procuramos “Glorificarlo y llevarlo santamente en nuestros corazones”.

Fr. Juan G. ARINTERO, O. P.





BRISAS DE MAYO. 1856 A 1906

La Ascensión del Señor

QUERIDÍSIMOS nietos Juan y Agustín:
Hoy, día de la Ascensión del Señor, viene a mi memoria un santo recuerdo de hace cincuenta años, ¡medio siglo!, cuando yo estaba en plena primavera de la vida, con el corazón lleno de ternura, el alma de fe y la imaginación de poesía.

Estábamos en aquel sencillo pueblo, cuyas costumbres santas y sobrias han desaparecido para siempre de nuestro suelo.

El jefe de aquellos moradores era el virtuoso párroco D. Ignacio (lancero de D. Julián) que soltó la lanza con que defendía las fronteras castellanas, para empuñar aquella típica cayada, con la cual parecía un personaje escapado de los cuadros de la Biblia. Todos le obedecían, todos le querían y nunca empezaron el baile de tamboril sin su presencia, ni se terminó éste sin responder todos a su voz, rezando la oración cuando el sonido de la campana recordaba la terminación del día, y en el horizonte el lucero vespertino, llamado "apeayeguas", recordaba a aquellos labradores que era la hora de recoger sus ganados.

Era un día de la Ascensión; estaba yo con mis santos abuelos en aquel pueblo, centro de sus propiedades, en aquella simpática casa, a donde íbamos a disfrutar de la primavera, ver las fincas y visitar a los colonos (en Yecla). ¡Qué tiempos!...

El amo era el segundo después de Dios. ¡El amo, como ellos decían! ¡Qué seguridades tenían en él para remediar sus males! ¡Qué cariño!... ¡Qué respeto!... ¡Qué diferencia del amo de ahora!... Aquellos tipos de señores como mis abuelos, pasaron; y el de sus renteros, también.

A las seis de la mañana, mi doncella me despertó, diciéndome que me vistiera y fuera con Fausto (el administrador) a repartir pan a las casas de los pobres del pueblo, en nombre de mis abuelos, más ligera que una corza, salté de la cama, me vestí, bajé a la plazuela y hallé un borriquito con sus alforjas lle-

nas de pan, en compañía del simpático Fausto, que hoy es un venerable anciano, al que recuerdo con cariño. Fuimos casa por casa, recogiendo bendiciones para mis abuelos, e impresiones provechosas para mi alma, comparando las privaciones de aquellos infelices con las comodidades mías.

Con lágrimas en los ojos, pedía a Dios que conservara la vida a mis queridos abuelos, que así iban formando mi corazón y sembrando en él aquellos puros sentimientos que han sido después bálsamo santo para las penas de la vida. Dios se lo habrá recompensado, y yo a través de los años renuevo en tal día aquellas impresiones, pido por ellos y, ya que no pueda hacerlos conocer aquellos modelos de la antigua nobleza castellana, los describo lo mejor que puedo.

La mañana pasó y después de oír misa solemne con el sermón de todos los años, las cigüeñas de la torre anunciaron el mediodía, dando de comer a sus hijuelos.

Las campanas tocaron a nona y por la gran plazuela de la iglesia, atravesaron, formados en larga fila, de dos en dos, los chicos de la escuela, llevandola cruz vestida de flores y cantando:

Dios hizo el cielo con su poder;
Hizo la tierra y el mar también;
El sol y estrellas brillan por El;
Buenos seamos, que Dios nos ve.

El maestro iba detrás de ellos; y pronto estuvimos todos reunidos en la iglesia a rezar la hora.

Los cirios salían de entre espadañas y lirios morados. El altar estaba adornado con rosas y flores de espino; el suelo cubierto de tomillo, mejorana y cantueso, sencillo decorado con el producto de aquellos campos.

Llegó la tarde y el deseado baile de tamboril en la verde pradera, sobre cuyo tapiz destacaban los ricos colores del típico traje de charra y el sol hacía brillar las lentejuelas de oro del pañuelo de encaje que caía sobre los hombros con el rebocillo de terciopelo bordado de lentejuelas y sedas de colores.

La presidencia la tenía el señor cura D. Ignacio, sentado en su sillón de vaqueta. ¿Qué diríais si hubiérais visto a la abuelita también vestida de charra como sus amigas que se esmeraron a porfía en ponerla sus mejores galas y joyas? No me hubiera yo cambiado por el traje de Corte con que me habéis visto en Febrero de 1906.

Como todo pasa, pasó aquel dichoso día; sonó el toque de oraciones, se levantó la severa figura de D. Ignacio para rezar el *Angelus*; la música calló como por resorte y, terminada la oración de la tarde, en alegres grupos nos alejamos de aquella preciosa pradera donde el silencio reemplazó a nuestras alegrías y bañó con su luz la pálida luna.

Nunca olvidaré ese día que sólo tiene encantos para mí, es verdad; pero que puede servir de comparación para que procuréis hallar una compañera que tenga gustos sencillos y pertenezca a una familia chapada a la antigua, como eran aquellos abuelos míos tan queridos por todos, tan respetados, tan sencillos, tan religiosos, generosos y prudentes; señores, en fin, que supieron serlo y que al educarme en esa vida y esas costumbres, me dieron la felicidad vinculada para mi hogar, mi marido y mis hijos, y en este centro es donde se encuentra la verdadera paz y felicidad, la verdadera tranquilidad; no en las ideas modernas que despiertan el amor propio, consejero fatal para la mujer, pues el cansancio de la vida pacífica y tranquila trae la disipación y el lujo que aleja de la virtud y entregan a la señora de casa al primer enemigo del alma, para después llevarla a los otros dos con la mayor facilidad...

El día de Nuestra Señora de la Salud

No quiero faltar a otro recuerdo de aquel tiempo que fué siempre para mí la segunda parte de nuestra estancia en Yecla.

Cuando ésta se acababa, empezaba la temporada de Tejares, asistiendo con mis amigas a la fiesta tradicional de la Virgen de la Salud, en cuyo día se daba a los pobres el pan de la molienda que había salido en veinticuatro horas de la fábrica y de la aceña, repartido por mis padres, que eran, como mis abuelos, modelos de caridad y de virtud.

En aquella casa, que ya conocéis, dominó siempre el arte en mi padre, cuyas hermosas composiciones musicales están en el olvido, encerradas en un armario.

En mi madre dominó el orden, el arreglo, la limpieza, la fortaleza de la virtud, y supo enlazar la economía con la generosidad, haciendo la felicidad de su marido, de sus hijos, parientes y amigos, a quienes sin cesar obsequiaba. Estos son los modelos de familias cristianas que debéis tener como único tipo para poder ser felices: no en el barullo y el desenfreno que reina hoy y que a mí me parece otro mundo de aquel en que yo me crié.

Empezaron las rosas de Tejares y empezaron con ellas los cuidados de mi madre para tener muchas y tirarlas el día del Corpus al paso de la Custodia. Aún me parece ver brillar ésta, entre aquella nube de rosas, rociadas algunas con lágrimas de ternura para nuestro Dios, que, encerrado en el pequeño espacio, comunicaba su agradecimiento a nuestros corazones y pasaba bendiciendo aquella casa.

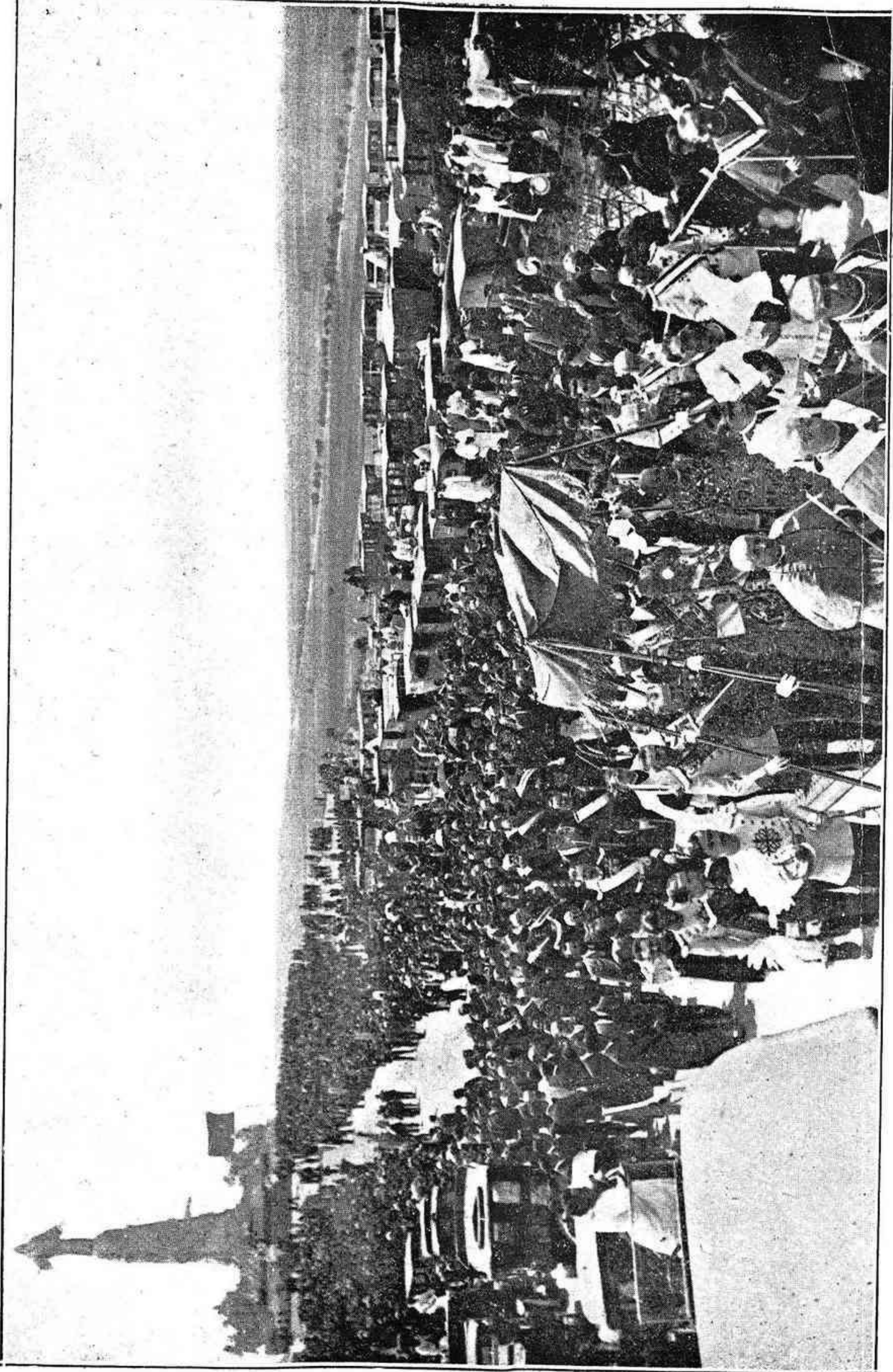
Marquesa Viuda de Castellanos y de Monroy.

La Berzosa.



Al corazón adorable de Jesús

¡Ya tienes el trono que a España pedías!
¡Desciende a tu solio y empieza a reinar!
¡Que estamos sedientos de paz bienhechora;
que aún tiende la noche sus sombras, espesas y frías,
y hoy vemos alzarse la luz que derrama la aurora,
brotando de un cerro trocado en altar!
Las piedras, que forman sus duros sillares,
son todas ofrendas del pueblo español.
Cercando a sus hijos mi patria te eleva,
queriendo que todos te puedan contar sus pesares,
que sepas que España del alma en el fondo te lleva;
que tú eres de España el centro y el sol.
Tendiendo tu vista desde esa ladera,
de fieles vasallos preside el vivir.
¡Fecunda en los campos sus largos sudores;
defiende en los mares la débil pareja trainera;
bendice en los nidos los frutos que den sus amores;
y guarda en las tumbas su dulce dormir!
¡Que en ese de fuego divino Costado
se fragüen las leyes que dicta el amor;
las leyes que enseñen respeto al obrero;
cariño hacia el pobre le enseñen al rico hacendado;
justicia al que en noble nos rige del Dios justiciero!
¡Que nunca en su triunfo se goce el traidor!
¡Renueva la historia de aquellas hazañas,
que el genio del triunfo ni osara soñar!
¡Aquellas que llevan olores de ermita,
que aún queda en ofrenda, prendida de agrestes montañas;
aquellas que entonan un himno a la Virgen bendita,
cantando en Lepanto o al pie del Pilar!
Sentado en tu trono sobre esa ladera,
contempla la tierra que ves a tus pies.
¡Es tuya! ¡Es la patria, que Tú has preferido!
¡El oro y la sangre te ofrece su linda bandera!
¡Los hijos honrados de España te ofrecen su nido!
¡Es tuya! ¡Es tu herencia la tierra que ves!
¡Qué dulces recuerdos evoca este suelo



La procesión con el Santísimo Sacramento después de la inauguración. (Fot. Díaz).

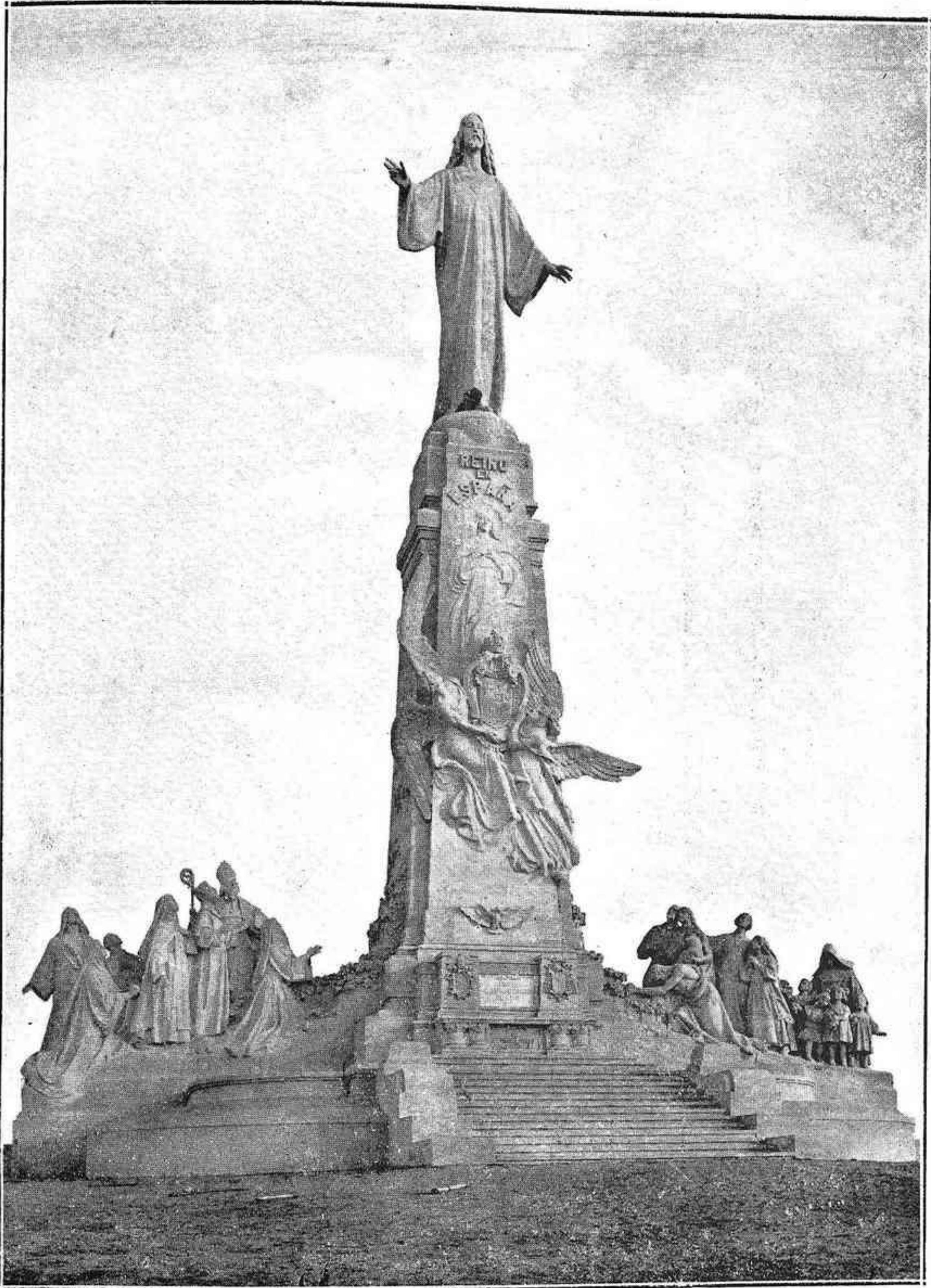
de amor a tu Madre, de amor hacía Tí!
 ¡Allí, en Finisterre, tu Apóstol reposa!
 ¡Allí está Moncayo, que ha visto a la Reina del Cielo
 bajar hasta el álveo que forma su falda rocosa,
 dejando sus huellas divinas allí!
 De aquellos riscosos y duros guijarros,
 que forman las lindes allá en Portugal,
 formó corazones la Guadalupana;
 que fueron los genios de Almagro, Cortés y Pizarros,
 que a mundos ignotos llevaron la fe castellana,
 y a España llenaron de gloria inmortal.
 ¡Allá, del Auseva dominan las cumbres!
 ¡La Virgen en ellas la aurora encendió
 de un día, que siglos brilló para España,
 vertiendo en las altas Castillas sus plácidas lumbres,
 dorando los valles, que el Betis fantástico baña,
 y a orillas del Darro la luna eclipsó!
 ¡Allí, en Cataluña, perfila en las nubes
 sus dientes ciclópeos el viejo titán
 que lleva en sus duras espaldas de atleta
 la gruta en que elevan sus voces ignotos querubes;
 donde ama a sus hijos la dulce sin par Moreneta,
 y en ella sus hijos mirándose están!
 ¡Valencia son esos eternos jardines;
 y Murcia son esas palmeras sin fin!
 ¡Y aquel paraíso de franca alegría,
 y aquellos parrales y lluvias de blancos jazmines,
 les llama con mimo su tierra la Virgen María;
 en ellos tu Madre plantó su jardín!
 ¡Amores sin fondo Teresa te ofrece!
 ¡Ignacio te brinda su escolta de honor!
 ¡Domingo te aclama su tumba dejando!
 ¡Pascual en su tumba temblando de amor se estremece!
 ¡Mil sombras de antaño se yerguen tu triunfo aclamando!
 ¡Hosanna al Monarca, al Rey del amor!
 Sentado en tu trono desde esa ladera,
 contempla la tierra, que ves a tus pies.
 ¡Es tuya! ¡Es la patria que Tú has preferido!
 ¡Bordado tu emblema verás en su linda bandera!
 ¡Verás que de España los hijos te ofrecen su nido!
 ¡Será toda la tierra que ves!
 ¡Será toda tuya! La raza precita
 que acaso te ofende no es pueblo español!
 España son éstos que cercan tu trono;
 son éstos que llevan al pecho tu imagen bendita;
 son éstos que, hollando secreto, diabólico encono,
 te aclaman de España por centro y por sol!

Alberto RISCO, S. J.

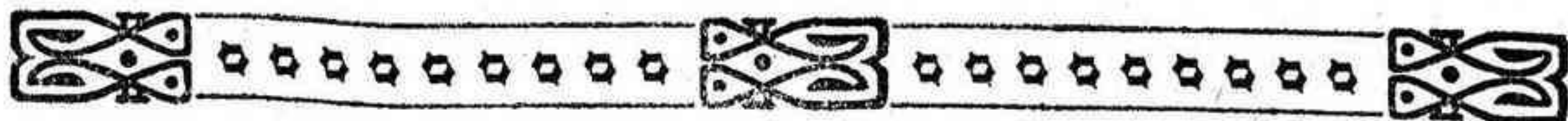
Nuestro amadísimo Rey Don Alfonso XIII,
que Dios guarde y prospere, realizó junto a este
Monumento uno de los actos más grandes y
significativos de su glorioso reinado. § § §

¶ En nombre de España Católica e inmortal,
Su Majestad leyó, con voz solemne, la Consa//
gración de su Patria al Sagrado Corazón de
Jesús, Dios Todopoderoso, Rey de Reyes y
Señor de los que gobiernan. ❧ ❧ ❧

¶ Y frente por frente del Monarca Animoso,
la gran Santa Castellana, la sin par Teresa
de Jesús, triunfante y santificada, parecía ele//
var al Divino Corazón las frases encendidas
y augustas de Nuestro Rey consagrando a to//
dos los hijos de la Madre España bajo el am//
paro del benditísimo Corazón de Jesús. ❧



**Monumento al Sagrado Corazón de Jesús
en el Cerro de los Ángeles. (Fot. Moreno).**



EL ALMA ESPAÑOLA

Si la ley universal del equilibrio sigue presidiendo la ordenación sistemática del mundo inconsciente, es porque en éste no se rompe la natural dependencia que entre el Creador y la criatura debe existir.

En cambio, cuando el hombre abusa del don divino de la libertad, que Dios le dió con amor de Padre, la perturbación invade el mundo moral, y la vida se hace imposible.

Por eso, si a Dios se rechaza y Dios se retira, el error se esparcirá como la noche sobre la haz de la tierra, y lo que se llama progreso no será más que el desarrollo del mal.

Para que en España no se rompan los diques con que la misericordia divina ha contenido hasta ahora el desbordamiento social, es preciso volver los ojos al Corazón de Cristo, origen de todo amor y fuente de toda vida.

Consolador es el hecho de que en nuestra Patria aún se conservan, resistiendo la furia de los siglos sin fe, los cimientos de la raza.

Levantemos sobre ellos el nuevo edificio de la restauración nacional, no con pomposos programas vacíos de sentido, sino con las sencillas realidades de la vida cristiana, pacífica y noble, trabajadora y risueña, la única vida que matará el hambre de pan y justicia que hoy padece la humanidad.

Así, necesitándose ambos por ley de vida, el capital y el honrado trabajo vivirán unidos.

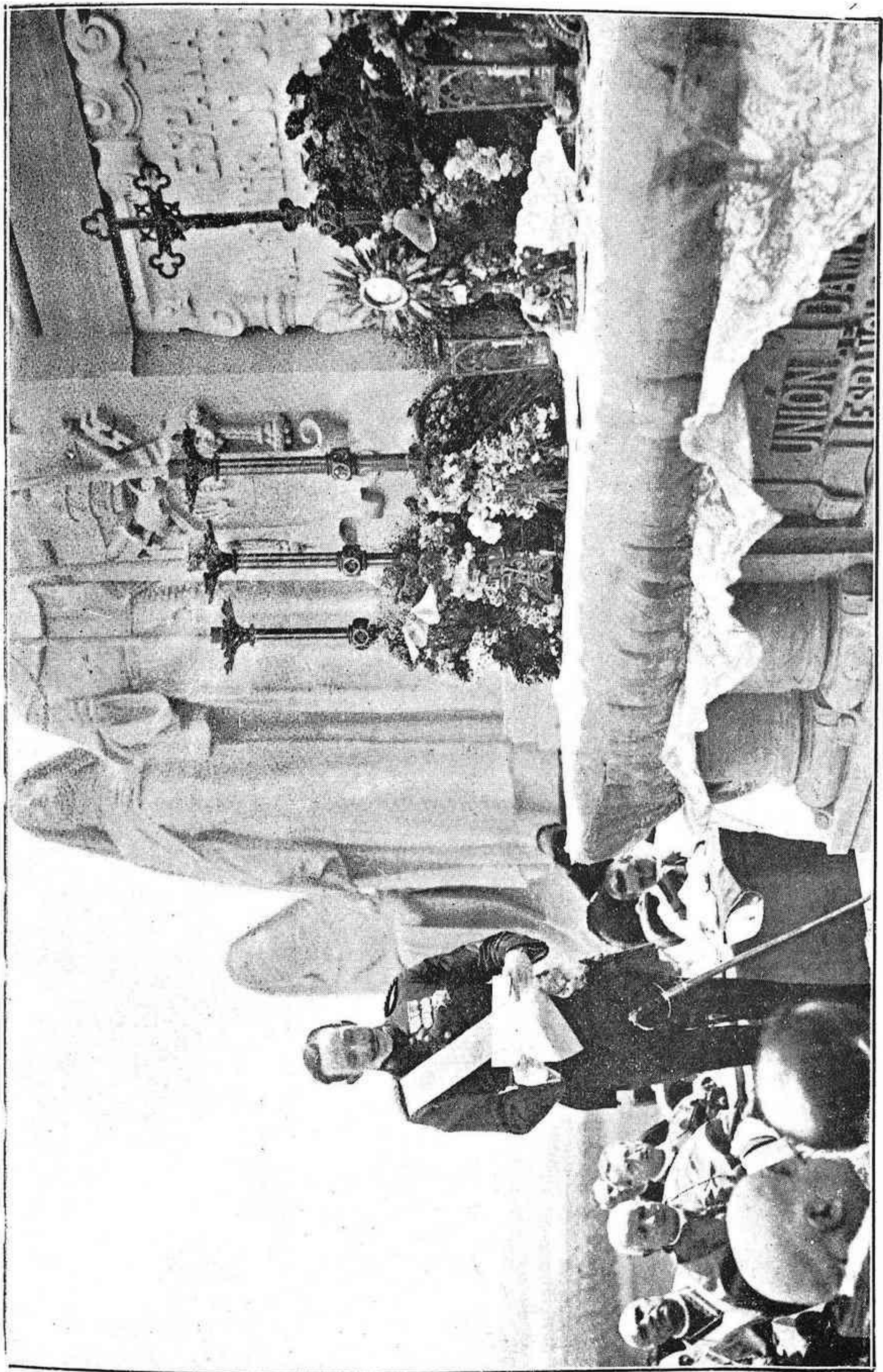
El rico amará al pobre, y amándole de verás, no le explotará, ni despertará su codicia, ni abofeteará su dignidad con la ambición y el lujo desenfrenados.

El pobre amará al rico y estrechará su mano para juntos realizar las justas aspiraciones de un bienestar mútuo y fraterno.

Esta es la solución del mal social, y éste es el remedio para ahuyentar y raer del corazón los odios reinantes, la inquietud y el dolor del pueblo.

Hoy se dice que todos los valores están en crisis. No es verdad esto. Hay un valor que no lo está: el alma española; que al sentir la nostalgia de sus pasadas grandezas, resurge a nueva vida y muestra con entusiasmo nacional al mundo entero el Corazón Divino, levantado en el Cerro de los Angeles y allí ofrendado por nuestra amada patrona Teresa de Jesús, triunfante y santificada.

Mariano ARENILLAS SAINZ.



Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII leyendo el acto de consagración al Sagrado Corazón. (Fot. Alfonso).



El Monumento del Cerro de los Ángeles

ELEVAR un trono al Corazón Deífico en el centro geográfico de España; en el corazón mismo de la patria de su predilección, en la que prometió reinar con más efectividad que en tierra alguna; esa fué la idea; ¿puede darse tema más hermoso a la inspiración de los artistas?

Pero cuanto más grande es el pensamiento, mayores son las dificultades con que se tropieza para materializarlo y darlo forma, porque su misma magnitud hace resaltar más la pequeñez de nuestros medios; ¿qué podrá hacer el hombre, digno de su Dios? Si con esfuerzo de titanes nos fuese dado transformar la Tierra en monumento a El dedicado, ¿qué sería más que un grano de arena comparado a la magnitud del Universo y qué con relación a su Creador?

Dios no nos pide imposibles: Dios, que por un milagro de amor, constantemente renovado, consiente en encerrar su grandeza en un estrecho Sagrario, sólo pide al hombre el corazón a cambio del suyo; el Monumento que ahora se inaugura significa eso: la toma de posesión por el Corazón Divino, del corazón de los católicos españoles.

El Monumento es hermoso, pero su hermosura no hay que buscarla con los sentidos en nuestra pobre obra; su hermosura está en la forma en que se ha hecho, con las limosnas aportadas por todos los que le aman, desde los más altos a los más humildes, y cuando el tiempo haya borrado los nombres grabados en sus piedras y reducido a polvo las listas de donantes encerradas bajo el ara de su altar, todos ellos seguirán escritos en el Divino Corazón, que es eterno, y no dejará sin recompensa los sacrificios hechos por su amor.

En lo más alto del Monumento, la imagen de Jesús, con los brazos suavemente extendidos como amparando y recogiendo a cuantos a El se lleguen, y la diestra mano en actitud de bendecir, acoge la ofrenda de la católica España, que, simbolizada por su escudo, presentan a sus pies dos ángeles; entre el escudo



ANICETO MARINAS (Escultor).



CARLOS MAURA NADAL (Arquitecto).

y la estatua del Salvador, un bajo relieve de María, en el Misterio de su Concepción Inmaculada, nos indica que es Ella el más seguro camino para llegar a Jesús.

Abajo, a ambos lados del pedestal, dos grupos terminan el conjunto: representa el de la derecha la Humanidad santificada, y en él aparecen Santa María Margarita de Alacoque, religiosa de la visitación elegida por Dios para propagar la devoción a su Divino Corazón, arrodillada, con las manos extendidas, suspensa por la emoción que experimentara al contemplar por vez primera la visión Deífica; a su lado y en pie, San Agustín, el sapientísimo Obispo enamorado del amor de Jesús, cuya mirada parece columbrar los misterios de la Ciudad de Dios; San Francisco de Asís, el Serafín de amor a quien Cristo quiso hacer tan semejante a Sí, que le imprimió sus llagas; Santa Teresa la Mística Doctora tan Santa y española; Santa Gertrudis, monja Benedictina precursora del apostolado del Sagrado Corazón; el Venerable Padre Hoyos, Jesuíta, a quien el Señor hizo la gran promesa cuya realidad representa el Monumento, y, por último, San Juan Evangelista, el discípulo amado, que en sus sublimes páginas nos legó las palpitaciones que encontrara en el Corazón Divino al latir junto al suyo en la noche de la Cena.

El grupo de la izquierda de Jesús representa la Humanidad que tiende a santificarse, y en él se simbolizan la caridad y el amor, la inocencia y la penitencia; personas de todos estados y condiciones acuden unidas por los lazos de la Fe a los pies de Cristo, recordando sus palabras: "Venid a Mí todos los que trabajáis y estáis oprimidos, que yo os aliviaré".

Las dimensiones del Monumento son 28 metros de altura por 31,50 de ancho y 16 de fondo.

La imagen de Jesús mide 9 metros de altura, consta de 45 piezas, y para labrarla se han precisado 37 metros cúbicos de piedra.

La piedra empleada es arenisca de Almorquí, y en la totalidad del Monumento se han invertido 882 toneladas.

No obstante la anormalidad de los transportes durante el período de la construcción, ha podido realizarse ésta sin interrupción y en un plazo de tiempo brevísimo; no apuntamos como éxito nuestro lo que fué sin duda permisión de Dios, como demostración de que el Corazón Divino, al llegar esta hora de la paz, en que tantos y tan pavorosos problemas se presentan al mundo, ha querido que su reinado en España sea efectivo para inspirarnos la confianza de que El, que nos mantuvo alejados de la guerra, nos salvará también en esta nueva lucha de desenfrenados antagonismos y pasiones desbordadas.

Madrid y Mayo de 1919.

Aniceto MARINAS,
Escultor.

Carlos MAURA Y NADAL,
Arquitecto.



EVOLUCION DE DEVOCIONES

LA evolución dentro de ciertos límites, es un hecho que alcanza todas las manifestaciones de la vida. No es una explicación; con frecuencia no es sino una como hoja de parra que se pone sobre las cuestiones reales, pero es siempre un punto de vista para su estudio.

Este punto de vista lo han tomado últimamente los apologistas para el estudio y defensa de la Iglesia, y así nos hablan de *evolución orgánica* de la Iglesia, *evolución mística*, *evolución disciplinar*, y hasta de historia y evolución de los dogmas, a pesar del origen protestante de la palabra.

¿Habrá quien ponga en duda el hecho de la evolución de las devociones? ¿Las que tiene hoy el pueblo cristiano son las que tenía en el siglo XVI? ¿Y son las del XVI las mismas que las del XII, y las de éste las mismas que las de los primeros siglos de la Iglesia? Las fiestas de la Virgen no aparecen hasta el siglo IV o V; las de Corpus empiezan en el siglo XIII; en cambio las de la Virgen ya están entonces en toda su plenitud y llenan la vida de las Ordenes religiosas y de la Iglesia; antes del siglo XVI de la devoción a San José apenas si se halla algún que otro vislumbre y hoy es la reina de las devociones a los Santos.

Este es el hecho. ¿Causas? ¿Humanas? ¿Divinas? La moda, que es el comodín que usan algunos, es causa evidentemente desproporcionada con hecho tan universal, y sobre todo de efectos tan saludables como lo fueron las devociones citadas, nuevas en otro tiempo.

La filosofía de la evolución de las devociones es mucho más honda. Hay que tener presente que la Iglesia no es un sistema filosófico ni una entidad jurídica, ni una nueva agregación de individuos que tienen una misma manera de pensar en materias religiosas. La Iglesia es un organismo, mezcla de natural y de sobrenatural, de humano y de divino. El alma de este organismo es el Espíritu Santo, rico en dones e inagotable en procedimientos para santificar las almas. Ahí, en la providencia secreta con que gobierna el Espíritu Santo la Iglesia de Dios, está la

explicación. Cuando las causas son otras, las devociones desaparecen apenas nacidas.

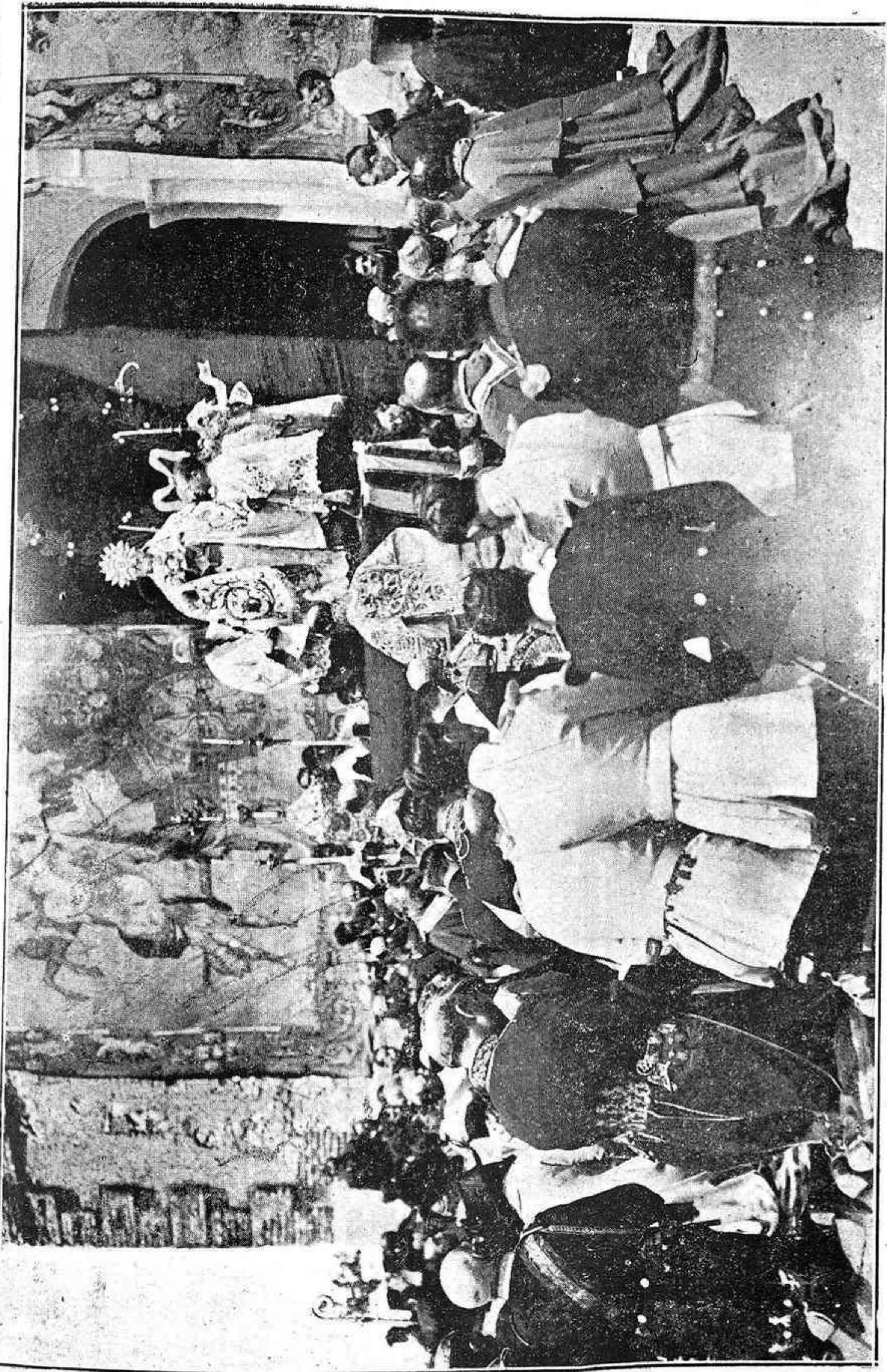
Dos criterios hay para juzgar de la bondad de las devociones, que son la Teología (criterio *a priori*) y su fuerza santificadora (criterio *a posteriori*). ¿Devoción menos conforme con el dogma? Devoción falsa. ¿Devoción a la que el dogma no tiene nada que oponer y además eficaz en la santificación de las almas? Devoción verdadera.

Ya no es tiempo de preguntar si la del Corazón de Jesús cumple con estas dos condiciones. Quedan ya muy atrás los tiempos de la discusión dogmática, y en cuanto a su buena o mala influencia hablan elocuentemente los hechos.

¿Luego a todas las almas se las debe aconsejar la devoción al Corazón de Jesús? ¿Luego no irán a Jesús las que no vayan por este camino? ¿Las devociones antiguas a Jesús, el Via-Crucis, por ejemplo, deben ser enteramente sustituidas por la devoción nueva? ¿El santo Cristo debe ceder el puesto en las audiencias, en las escuelas, en los hogares, a una imagen del Sagrado Corazón? *Salvo meliori*, si alguien tal pretendiese, no lo haría asistido del Espíritu de Dios.

Fr. Sabino M. LOZANO, O. P.





El Cardenal Primado dando la bendición
con el Santísimo. (Fot. Alfonso) : : :



BIBLIOGRAFÍA

Contribución al estudio de la persona del tercer Duque de Alba.—Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Excmo. Sr. Duque de Berwick y de Alba, el día 18 de Mayo de 1919.

EL actual Duque de Alba, Excmo. Sr. D. Jacobo Stuart Fitz James Falcó Portocarrero, recibido académico de número en la Real Academia de la Historia el día 18 de Mayo último, nos ha honrado con un ejemplar del discurso pronunciado en aquella solemnidad académica. El agasajo lo estimamos en lo que vale y lo agradecemos con toda la efusión de nuestro corazón, siempre propicio a la gratitud.

Por eso esta glosa será glosa ferviente de devota admiración a lo que el Duque es y representa. A lo que es, por su talento y cultura raros; a lo que representa, porque aún veneramos los misteriosos nimbos de infinito y gentileza que los siglos gloriosos han ido proyectando sobre la memoria esclarecida de los D. Gutierre, D. García, D. Fernando y D. Fadrique Alvarez de Toledo, nombres evocadores de bizarría y españolismo.

Otra consideración afectiva para nosotros es el título principal de la casa, el ducado de Alba, nombre tan grato a nuestro oído por guardar la villa ducal el sagrado tesoro de las cenizas de la mujer más sabia y santa de España Teresa de Jesús.

Y por si esto fuera poco, aún queda en nuestra ciudad el gran palacio de Monterrey, hablándonos de épicas hazañas, de fiestas suntuosas, espléndidas y de su último morador insigne, el ingenioso administrador de la Casa y digno de morar en ella, el Dr. D. Diego de Torres Villarroel, cuyas predicciones meteorológicas lanzaba a voces paseando por la renaciente galería del palacio, mientras la multitud plebeya le escuchaba desde abajo, disimuladamente escondida bajo las acacias de la lonja...

.....
No vamos a hacer crítica... Se necesitaría un libro para hacerla, aunque estuviéramos capacitados para ello, que no lo es-

tamos, y una revista no es un libro. Pero sí podemos presentar al lector algo que por salmantino puede interesarle. ¿Y qué más salmantino que su gloriosa Universidad, su famoso Estudio, uno de los cuatro generales del orbe?

Al pintarnos el actual Duque la magnificencia del Palacio ducal de Alba, donde vivía con toda la gentileza de un Médicis D. Fernando Alvarez de Toledo, y aun diríamos más, con toda la pompa y majestad de un Monarca, nos dice que Boscán, Garcilaso y Fray Severo le iniciaron en el gay saber: en su casa recibían mercedes el cronista Alonso de Palencia y los poetas Comendador Román y Juan de Valladolid (Juan Poeta).

El escultor Enrique Egas trabajaba en el patio de San Leonardo ¹, Juan, hijo de Antonio de Nebrija, estaba a sueldo y el músico y poeta Juan del Encina, padre del teatro español, tenía asignación para estudiar en Salamanca según esta nota del Archivo ducal: "Que dí y pagué por carta mandamiento del Duque mi Señor fecha en Alba a 13 de Junio de 98 años a Juan del Encina, vecino de Salamanca, 3.000 mrs. de que S. S.^a le hace merced en cada un año para ayuda de su estudio. Duró la pensión hasta 3 de Julio de 1500 en que fué despedido.". En 1555 se asienta pago de cantidades a doña Aldonza de Silva, hija de Feliciano de Silva, el conocido autor de *La Segunda Celestina*. Pintores y escultores como Tiziano, León Aretino, Benvenuto, Miguel Gast, Antonio Moro, Adrián Key y León Leoni, embé-

¹ En este monasterio, hoy en ruinas, de la vega de Alba de Tormes, se enterró a don García el de los Gelves, y aún en el destrozado ábside se ve el escudo de los Toledo, los escaques o tablero de ajedrez símbolo de sus vidas puestas al tablero de guerras, batallas y empresas en servicio de Dios y del Rey entre dos gallardos mancebos con la divisa de los «compases» porque según la conceptuosa esparza de Alvarez Gato:

El compasar es medir,
el medir es nivelar,
nivelar es igualar,
igualar es no reñir.
No reñir es discreción,
discreción es gran cordura,
gran cordura es perfición,
perfición es el altura,
que manda y rige natura.

Yo invoco el patriotismo y amor a las Bellas Artes del actual Duque de Alba y pido su eficacísima ayuda para que las ruinas artísticas de San Leonardo no perezcan enteramente. La Comisión de Monumentos de Salamanca debe iniciar las gestiones en este sentido, y si se logran recursos para hacer excavaciones, no será aventurado esperar afortunados hallazgos. Hace pocos días visité las ruinas en compañía del distinguido arquitecto y académico excelentísimo señor don Enrique Repullés y Vargas, que prometió el auxilio de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la que es muy digno Secretario general.

llecieron las residencias ducales de Alba, la Abadía, Piedrahita y Coria; asimismo los orfebres Antonio Marii, Antonio de Arfe, Francisco Reinalter y Alonso de Dueñas; los entalladores Losa y Antonio López; tapiceros como Guillermo y Hans Pannemaker y otros que figuran como oficiales de Palacio con la asignación de cuatro ducados mensuales.

Veamos ahora cómo estaba formada la Capilla de música del Palacio, que nos interesa para nuestro objeto. Dice el Duque en la página 32 de su discurso: "Consérvanse en las nóminas de 1447 a 1574 los nombres y asignaciones de más de 60 cantores y músicos de la Capilla, españoles, flamencos y franceses, entre éstos Pierres de Remorantín, cantor; organeros, Machín y Fr. Andrés; cinco organistas; tañedores de vihuela de arco, de arpa y de clavicémbalo; sacabuches, trompetas, contrabajos, atabales y ministriles... Celebrábanse en la Capilla de Alba con misa mayor, procesión y sermón, el día de San Marcos, la memoria de la prisión del Elector de Sajonia (24 de Abril de 1547); la derrota y muerte de Luis de Nassau (22 de Julio de 1568); la retirada de Mons del Príncipe de Orange y rendición de la plaza (21 de Septiembre, día de San Mateo; además de las acostumbradas solemnidades de la Iglesia."

Pero lo que ya nos ofrece alguna duda es lo que se refiere al llamado por el Duque el cantor flamenco Juan de Vrede, Wrede o Uvrede, de quien se conservan composiciones en la capilla Sixtina y que también estaba a servicio de la casa de Alba a fines del siglo xv. Agrega el Duque en nota "Rolando de Wrede era organista en Brujas en 1476. Juan de Uvrede era maestro de capilla y catedrático de música en Salamanca en 1551. Las cuentas de estos años confirman la sospecha de Barbieri de si Wrede estaría a sueldo de la casa, pues, en efecto, en las nóminas de 1476 figura con la consignación de 17.000 maravedises y 50 fanegas de trigo y 26 maravedises para mantenimiento de cada uno de los tres negrillos a quien enseñaba el canto."

Con todo respeto he de decir que no armoniza la nota con el texto, pues ¿qué relación puede establecerse entre el Juan de Vrede, Wrede o Uvrede que a fines del siglo xv figuraba entre los músicos de la capilla del Duque y el Juan de Uvrede de la nota, maestro de capilla y catedrático de música en Salamanca en 1551? ¿Se les quiere identificar?

Cronológicamente ya sería difícil. Pero lo que es a mi juicio necesario rectificar es la lectura "Uvrede", del apellido del catedrático de música en Salamanca en 1551. El origen de esta mala lectura viene de la noticia que dió a Barbieri al publicar su "Cancionero musical de los siglos xv y xvi", D. Vicente de la Fuente, catedrático que fué de nuestra Universidad. El tal Juan de Uvrede de D. Vicente de la Fuente, es lisamente Juan de Obiedo con estas grafías en los libros del Archivo universitario: "Vbiedo", "Uuiedo", "Obiedo". Además no es presumible

su naturaleza flamenca teniendo en cuenta estos datos que aparecen en el Archivo universitario: fué bachiller en Artes por la Universidad de Valladolid y licenciado por la Universidad de Zaragoza. En 2 de Noviembre de 1555 presentó carta de magisterio en Artes por la dicha Universidad de Zaragoza y se le llama "Cantor y catedrático de música,"¹. Desempeñó la cátedra de Música en la Universidad de Salamanca desde el 20 de Noviembre de 1542 hasta el 1566, pues en 16 de Diciembre de este año se pronuncia por vaca su cátedra "Por fin e muerte del maestro Juan de Obiedo,"².

Por lo tanto, si a fines del siglo xv estaba al servicio del Duque el cantor flamenco Juan de Urede, Wrede o Urrede, no debía tener nada que ver con el catedrático de música en Salamanca Juan de Obiedo, pues le separa una distancia que podemos presumir de setenta a ochenta años. Acaso en los papeles del Archivo catedralicio se encuentre la naturaleza del músico Obiedo, ya que fué racionero en esta Santa Iglesia y entonces se aclararía lo que para mí está ya bastante claro; esto es: que el supuesto cantor flamenco era asturiano o por lo menos peninsular.

De este particular como de las alusiones que hay a nuestra Universidad en el discurso del Duque, tal la curiosa y extraña prestación del "Corán," que hace la Universidad al gran Duque podía hablar con la suma competencia que acostumbra el cultísimo Archivero y Profesor de la Facultad de Letras, Sr. Huarte, nuestro querido colaborador. Yo me atrevo a rogárselo y creo que todos lo habíamos de agradecer, pues en cuestiones históricas como en toda ciencia, la noble verdad debe resplandecer y ser buscada siempre con modestia, fe y perseverancia, y de esta manera nuestros elogios no serán vanas palabras de admiración fácil, tanto más enojosas cuanto que el elogiado—como en el caso presente,—ni las necesita ni mucho menos las busca.

.....

Y quede mi ofrenda final para el gran Duque, tercero en esta dignidad, el muy magnífico Sr. D. Fernando Alvarez de Toledo. De las páginas de su ilustre descendiente surge lleno de varonil arrogancia cual saliera de los pinceles del Tiziano: la frente ancha y majestuosa, la mirada grave sin altanería, la luenga barba plateada, acariciada pero jamás mesada; la rica armadura cincelada, nielada y repujada, guardando un cora-

¹ Libro de juramentos del año 1547 al 1559.

² Esperabé Arteaga.—Historia de la Universidad de Salamanca, t. II, página 381. Consigna estos mismos datos pero sin decir la causa de la vacatura. A Juan de Oviedo sustituyó en la cátedra de Música, Salinas, tan espiritualmente ensalzado en la oda bien conocida de Fray Luis de León.

zón y una voluntad aún más bruñidos y vigorosos que los aceros toledanos...

Y su vida ¡su vida! El Cid, el Gran Capitán y Alonso Quijano el Bueno son sus iguales y acaso, acaso como del héroe castellano dijo el juglar anónimo del Cantar, habría que decir también del gran Duque al pensar en su misteriosa estatua de Amberes:

¡Dios, que buen vassallo, si oviesse buen señor!

Antonio GARCIA BOIZA.





Visitas y peticiones a Santa Teresa durante el mes de Mayo.—Santa bendita, te pido me alcances de Dios me dé a conocer mi vocación. Rosario.

Alcánzame, Santa mía, dilatar mi corazón para querer con exageración a nuestro Dios. Carmen.

Madre, te pido me hagas una Santa como tú. María Biso.

Santa Teresa, te pedimos nos cojas bajo tu amparo y nos guíes por el camino que vos llevásteis hacia Dios. Sebastián de Partearroyo, María de Partearroyo, Cipriana de Partearroyo, Josefa de Partearroyo.

Fac mihi secundum cor tuum; Sanctae Theresiae. Paulino Laso, presbítero.

Vicente Machumbene, María Teresa B. de Machumbene, Juana María Tascart.

Te pido, Santa Madre, que me alcances conocer mucho a Dios y conociéndole amarle mucho y no ofenderle nunca. Rosario.

Concepción Carretero de Martínez Olalla, José Martínez Olalla, José Martínez Carretero, Carmen, José María Zabalen.

Santa Teresa, concédeme lo que deseo. Carlos Lurueña Martín.

Casimiro Campo, Emilia Rico Campo.

Santa mía, hacedme muy buena. Ceferina Calvo.

Santa Teresa bendita, concédeme mucho amor a Jesús crucificado. Lorenza Rodríguez.

Santa mía, mirad por mí y por mi hijo. Práxedes Perrino.

Santa Teresa, hacedme muy buena. Urenia López.

Santa mía, mirad por mis madres y personas de mi agrado y en particular por mi tía. Estanislada Serande.

Amantísima Madre mía, Teresa de Jesús, en mi cuarta visita os pido me fortalezcáis, protejáis e iluminéis para cumplir en todo la voluntad divina. Alcanzad una bendición para mis padres, hermanos, director y bienhechores. Epifanio Sánchez, 4-V-919.

Sor Visitación Rey, Sor Elena Laporta.

Santa y graciana nuestra, protégenos. Zacarías Villagonzalo.

Otila Gutiérrez, Teresa Gutiérrez.

Santa bendita, dame luz para elegir estado. Mónica Partearroyo.

Amantísima Madre mía, no me olvides. Clara Fernández.

En súplica ardentísima a la «Mater spiritualium». Vicencio Alvarez.

Jacoba San José.

Madre mía, no me olvides. Madre mía, danos lo que más nos convenga. Joaquín Fruse.

Macario Maillo.

Madre mía, concédenos lo que más nos convenga. Ebelia Sánchez, Joaquina Díaz, Marcelino García.

Santa Teresa nos proteja. Vicente Alba. Lo mismo te pide María Teresa.

Tus escritos imponderables y provechosos, oh ínclita Teresa de Jesús, han salvado a muchos y que me alcanzarás a mí, aunque indigno, un verdadero amor de Dios que sea presagio de mi salvación; para eso he venido a visitarte, Santa bendita. 11 Mayo de 1919; Emilio Rubio, Maestro nacional.

Madre mía, Santa Teresa, socórreme y a todos mis hijos y nietos en toda nuestra vida para que nos veamos contigo en el cielo. Angela de Hoyos, Manuel Angel López de Hoyos.

Santa Teresa, un ruego por nosotros a tu amado Jesús que nos proteja siempre. María S. Trapaga de López, María Magdalena López de Hoyos.

Gracias, Santa bendita, y sigue protegiéndonos a todos y siempre. Román López de Hoyos, José Román López Trapaga, Virginia del Pozo de Heredia S. Heredia.

Visita de D. Gregorio Calvo, día 16 de Mayo.

Carmen Cárdenas, Milagros Cárdenas, Cándida Cárdenas, Remedios Durán, Francisco García, Francisco Cárdenas, Clemente Rodríguez, Angel Matas, Emilia Matas, Segunda Bueso, Santa Rodríguez, Emilia Sánchez.

Santa mía, te ruego por mis intenciones, sobre todo la salud de mi señora, a fin de que pueda cumplir su ofrecimiento de venir a visitarte. Balbina Martín.

Angela Hernández, María Calino Hernández, Josefa Hernández, Guillermin Colino Hernández, Guillermo Colino Funcias, Pedro Chaves Gudelia, David Espinuel Jubaña Taranco, Ramón Benet, Alberto C. Blázquez, Martín Jiménez.

Santa Teresa, te pido con muchísimo fervor que me salves mi alma y la de mis padres y hermanos; así esperamos hacerlo. Ramón Bueno.

Santa Teresa, te pido que me concedas una buena muerte. Diego García Zaballos.

Santa Teresa, mi madre, te pido que me des sufrimientos para perseverar en gracia; cúmplase su santa voluntad. Encarnación García.

Santa Teresa, te pido que el corazón de mi hija lo llames a estado religioso. María Francisca García.

Santa Teresa me conceda la gracia y una buena muerte. María Teresa Sánchez.

Antonio Osuna. Regalado Malponado.

Dadme salud, Santa Teresa, y mis tres hijos que sean buenos. Bernarda Alonso.

Santa mía, salud para mi esposo. Isabel López.

Margarita Vicente de Juárez, Vicente Juárez, Manuel Conde.

Ruego a Santa Teresa me conceda a mí y a todos los míos una santa muerte. María Aguirre de O. de Urbina.

Santa mía, protege a mis hijos y mis niños. Ana Pinto.

Angeles Ortiz de Urbina Mirat.

Ya sabes mi intención, Santa Teresa de Jesús. Jerónimo Ortiz Olaragasti.

No te olvides, no, Santa Teresa, de suplicar al Señor que te imite en el amor que le tuvistes. Félix Ortiz de Urbina.

Santa Teresa, da salud a toda mi familia. José Sánchez Pinto.

Antonio Ibarra, Enrique de Ibarra, I. de Arellano, María Suárez, Juan R. Calafat.

Manuel Martín le pide a Santa Teresa que nos dé salud y suerte con los hijos y por toda la familia.

Santa Teresa, concédenos lo que pide mi esposo si nos conviene y la salud de mi hermana si le conviene. Emilia Santos.

Efrén Martín Sánchez.

A imitación tuya, gloriosa Santa Teresa, alcánzame el padecer o el morir. Fr. Claudio D. Fernández, Dominico. 1919.

Santa Teresa bendita, tú que te llamabas *Dominica in passione* y que eres la encarnación del alma española, protege a mi Orden y a España. Fr. Venancio Carro.

Santa Teresa bendita, haz que crean a la par en mí tu amor y el de Jesús Crucificado. Fr. Julián Fuente Bravo.

Fr. Domingo María de Jesús.

Santa Teresa bendita, pide por el eterno descanso de mi madre y la salvación de toda mi familia. Fr. M. Cruz.

Santa Teresa, haz que mi corazón arda siempre en tu amor. Fr. Juan Tascón.

Adolfo López, María Pérez, María Asunción Hermosilla.

Santa bendita, pide por mis intenciones. Herminia González.

En testimonio de muy alta veneración a su Santa Seráfica Teresa de Jesús. Fr. Juan Carmon.

Francisco de Habana, María Ibarra, Julián Yaque, Amparo García.

Salud para una enferma. Amparo Barrado.

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.